

PERFIL NACIONALISTA de GREGORIO LUPERON

Por el Dr. Hugo Tolentino Dip (*)

I

Contexto Histórico

Al través de las intrincadas leyes del decurso histórico, paso a paso y dolor a dolor, en hondo proceso de transformaciones sociales, germinaba la personalidad nacional desgastando las estructuras coloniales.

Múltiples, sin embargo, fueron los desaires de la historia para con nuestro pueblo, para con su ambición de ser independiente.

Largo embarazo. Dolorosa gestación la que alumbró el 27 de Febrero de 1844 la ansiada libertad. Duarte, Sánchez y Mella fueron los más altos nombres de la gloriosa efemérides.

La angosta vida impuesta a los dominicanos por la dictadura de Boyer, no pudo resistir la explosión de la nacionalidad. Los jalones de una evolución propiciaron el cambio. Y flotó una bandera: simbólico jirón de aquel trabajo de años en consciente e inconsciente hilvanar la independencia.

En la dura lucha que fraguó el triunfo, tan tropezado por desventuras y traiciones, se dieron cita las necesidades de los hombres de ser independientes y el pensamiento filosófico de los racionalistas franceses del siglo XVIII.

En esa gran ebullición del patriotismo, en 1839, junto casi al nacimiento de la Trinitaria, vió la luz Gregorio Luperón. La independencia continuaría, por más de medio siglo, siendo la historia de su vida y, sobre todo, su vida.

(*) Primer Premio del Certamen Literario organizado por la Comisión Nacional del Centenario de la Restauración de la República.



San Felipe de Puerto Plata le vió nacer. Rancia ciudad del Norte, sosegadamente recostada a la montaña, fronteriza al Océano, al Atlántico: mar de pródigas corrientes por donde Europa, su sabiduría, mantiene un lazo directo con las costas de su primera aventura descubridora.

Sus padres, Pedro Castellanos y Nicolasa Duperron, lo concibieron sin otro vínculo que el del amor. La madre era de muy modesto linaje y condición. Hijo sólo de su madre, por la inhumana ley, el vástago llevaba el apellido Duperrón. Más tarde la fuerza de las cosas, ¡cuántas! y, ante todo, la de nuestra cultura, españolizó la sonoridad del apellido convirtiéndolo en Luperón.

En el ventorrillo de su madre dió los primeros pasos y conoció la estrechez y los largos sudores por el escaso pan. Por bondad y por el afán del niño, un inspector de Instrucción Pública le enseñó a leer.

Mozalbete, en 1851, fue encargado por Don Pedro E. Du-boq, súbdito francés de alma más que generosa, de los cortes de madera que el rico propietario tenía en los bosques de Jamao. Allí, bajo la lozanía de los inmensos árboles, en el rudo trabajo, va forjando su carácter y su fuerza física. Tal era su agilidad y destreza, que muy pronto la leyenda local se enriquecía con sus primeras hazañas. Alcanzó, en medio de los hombres que guiaba en el trabajo, "consideración prematura", según relata uno de sus biógrafos.

La triste realidad de su tierra, de sus conciudadanos, fué repasada en muchas noches de paz campesina al través de hondas críticas.

Entre otras lecturas, en un febril deseo de cultivarse, de abrirse horizontes, leyó las "Vidas Paralelas" de Plutarco. Con qué hondura debió penetrar el pensamiento del historiador y moralista griego en el espíritu de Luperón. "La maldad, decía Plutarco comparando a Lisandro y a Sila, aún con nobleza es digna de desprecio, y si a la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma". (1)

(1) Plutarco — Vidas Paralelas.



En el humilde capataz, aquella frase debió nutrir su vocación al mando y a la gloria honesta.

Temple de hombre y dolor de simple dominicano, iban también profundizando en él. No podía ser menos ante el penoso e irritante espectáculo de su pueblo, frágilmente independiente, caminando adolorido por las traiciones de los hombres que, antes y después de ser libre, lo querían esclavo.



Aquel pueblo, todo intrepidez y arrojo, sacrificio y martirio, batallaba en Azua, en Santiago el 30 de Marzo, para defender su soberanía en peligro.

La nacionalidad la fué galvanizando el brazo popular en dura guerra contra el testarudo invasor.

Desgraciadamente, no sólo era exterior el peligro. Dentro de la patria misma, los oscuros intereses y las malhadadas ambiciones se agrupaban en nefando contubernio antinacional.

La institucionalidad republicana inaugurada por la primera Constitución, la de San Cristóbal, tan hija de los esfuerzos democráticos de las Constituciones de Cádiz, de Norteamérica y de Francia, fue víctima de los grupos retrógados que con la fuerza apoyaron a Santana a atribuirse los poderes absolutos que el Artículo 210 de esa Carta Fundamental le otorgó.

Santana, como si quisiera mostrar que su valentía y su lucha en los campos de batalla eran tan sólo los riesgos obligados de su desmedida ambición, pisoteaba los hombres y las leyes.

El 27 de Febrero de 1845, un año día tras día, después de la independencia, pagó al pueblo sus largos sacrificios, fusilando a María Trinidad Sánchez, Heroína y mártir. Y, sobre todo, mujer. Muy oscuras había que tener las entrañas para asesinar a la mujer que bordara, en afanes domésticos clandestinos, la primera bandera dominicana.

Ya entonces no hubo tregua para la desesperanza. La madre de Duarte fué expulsada el 19 de Marzo. La irrespetuosa actitud ante las fechas gloriosas ayuda a describir al hombre.

Ahora bien, aquellos gestos no eran el producto de iras momentáneas o caprichoso desequilibrio. Esbozaban toda una



actitud política proyectada, como sombrío augurio, hacia el porvenir nacional.

La patria independiente, tan llena de frustraciones para el pueblo, se convirtió en botín de bastardas aspiraciones. Hasta las luchas heroicas contra Haití, fueron muchas veces usadas en el juego político interno para apoyar banderías que por su arrojo e intrepidez en la lucha, se creían con el derecho de atribuirse, como si fuera un premio, el dominio traicionero de la patria.



Por los caminos de Estrelleta, Beler, Las Carreras, Cachimán, Santomé, Cambronal, Sabana Larga, seguía el pueblo sembrando su resuelto e inveterado amor a la independencia.

Taimadas y oscuras ambiciones burlaban todo ese continuado empeño. En 1850, en el primer gobierno de Báez, se hablaba ya de protectorado norteamericano. Antes, antes mismo de la independencia y poco después, se negociaba con Francia la mutilación de la soberanía.

Entre Santana y Báez, anexionar a los dominicanos, quebrarle su albedrío, fué casi un vértigo.



Ya en 1857 Luperón había abandonado los cortes de madera en Jamao, para desempeñar el cargo de Comandante Auxiliar del Puesto Cantonal de Rincón, nombrado por el gobierno del General Valverde.

No duró largo tiempo el intento de Valverde de romper con aquella desleal dualidad encarnada por Santana y Báez. En junio de 1858 el primero asumía de nuevo la dirección de la República.

II

La Nacionalidad Oscurecida

El 18 de Marzo de 1861, un nublado cielo cubrió la patria: la Anexión a España. Obseso, Pedro Santana, desde el balcón del



Senado, hizo proclamar la pérdida de la soberanía. El lugarteniente del Capitán General leía:

“Numerosas y espontáneas manifestaciones populares han llegado a mis manos; y si ayer me habéis investido de facultades extraordinarias, hoy vosotros mismos anheláis que sea una verdad lo que vuestra lealtad siempre deseó”.

Santana mentía y mentían los hombres que junto a él querían hacer creer al mundo que el pueblo dominicano deseaba la Anexión. Al pueblo se traicionó, así es de simple decirlo y comprenderlo.

Un testigo ocular de la proclamación de la Anexión, el Cónsul inglés en Santo Domingo, Martín T. Hood, describe la escena a Lord Russell, Ministro del Foreign Office, de la siguiente manera:

“El lugarteniente de Santana se adelantó entonces hacia el balcón y leyó la Proclama, de la cual yo le envió una copia y traducción, declarando que Santo Domingo fué reincorporada a los dominios españoles”.

“Hubo unos pocos, muy pocos, vivas en el balcón, los cuales fueron respondidos por los españoles presentes en la plaza. Pero ninguno de los dominicanos, ni siquiera los soldados, ni los extranjeros, tomaron parte en ellos”. (2)

Triste, pero alentadora verdad. En otros sitios, en Moca, Puerto Plata, Santiago, cuando no protestas, hubo dolor y llanto nacidos en lo más recóndito del amor a la patria.

Para el gobierno español, la Anexión tuvo razones varias: el temor a los intentos norteamericanos de hacer de las Antillas su propiedad, amenazando así las colonias españolas de Cuba y Puerto Rico; la ambición de agrandar sus dominios coloniales y la necesidad de distraer la atención del pueblo ibérico hacia una nueva conquista, para hacerle olvidar la alocada y costosa

(2) Public Record Office — F. O. 23 — vol. 43 — N° 12 — Carta fechada el 12 de marzo de 1861. Documento copiado por el autor en Londres.



política que frente al Africa del Norte había auspiciado. En resumen, razones viles e infecundas.

—oOo—

Desde el vértice del patriotismo, desde el corazón de Francisco del Rosario Sánchez, se avalanzó la nacionalidad en defensa de la independencia. La “Regeneración Dominicana”, como llamó al movimiento revolucionario que encabezaba, iba dirigido contra la Anexión sobre todo, pero también contra las pesadas herencias que la habían prohiado.

Mal herido en la refriega, preso, Sánchez moría fusilado el 4 de Julio de 1861 en San Juan. Y en el pecho también herido del pueblo dominicano, el eco engrandecía la frase venturosa: “Yo soy la bandera nacional”.

—oOo—

Luperón se irguió frente a la Anexión y se juró muy fuerte libertar su tierra y recobrar la nacionalidad. Su lucha se alimentaría de toda la historia: pasado y presente. Su misión era el porvenir. Nadie encarnaría, tan cabalmente como él, la ansiedad y la lucha seculares del pueblo dominicano por su libertad.

Desde Yásica, donde vivía de un pequeño comercio, se dirigió a Puerto Plata dispuesto a oponerse a la Anexión. Cuando llega, la felonía había sido consumada. A la invitación que se le hace para firmar el Acta de Anexión, opone una rotunda negativa.

Valiente hasta las últimas consecuencias, comenzó a aglutinar las voluntades tristes o desesperadas y a unificarlas para el gran combate. Cuando el Inspector de Jamao convoca al pueblo y le hace conocer que, mediante Reales Ordenes, todos los dominicanos debían entregar sus armas, Luperón, que allí se encontraba, expresó: “No, no entreguen Uds. esas armas: ellas deben servirnos para ser libres”.

Ya entonces no se dió reposo. Conspira. Va y viene en ajetreos de insurrección. Cae prisionero y luego se fuga de la cárcel en gesto de bravura y osadía.



Tenazmente perseguido por las autoridades españolas sale del país. Parte a Cabo Haitiano, luego a los Estados Unidos, México, Jamaica. La idea era única en su mente: liberar su pueblo, encender la llama restauradora.

De vuelta clandestinamente a Santo Domingo, se oculta bajo el nombre de Doctor Eugenio. "Apóstol ya consagrado de la causa revolucionaria", como lo llama Rodríguez Objío, recomienza, desde Sabaneta, a nudar los espíritus nacionalistas en vista a la revuelta.

Santiago Rodríguez, Ignacio Reyes, Norberto Torres, Benito Monción, Antonio Batista, Juan Antonio Polanco, Lucas de Peña, Manuel Jiménez, Bartolo Mejía y otros, se suman al afán libertador y suman sus comarcas. Representaban el anhelo de sus pueblos, lo aglutinaban.

La faena patriótica era exaltante, febril. En ella buscaban los hombres entera comunión con los principios de libertad e iban al reencuentro de su razón de ser dominicanos, herederos de una lejana historia de luchas, ampliamente florecida en 1844.

Ante la fuerza española y el ánimo guerrero de Santana, cualquiera pensaba que era vana temeridad e irreflexivo empeño, la actitud de aquel puñado de soldados.

Pero David era más que un hombre, era todo un pueblo.



Lucas de Peña fué escogido como General en Jefe de la Revolución. Luperón, con apenas veintidós años, fué designado, junto a Norberto Torres e Ignacio Reyes, miembro del Consejo de Jefatura con el rango de General de Brigada.

El 21 de Febrero de 1863, el pequeño ejército restaurador ocupa Guayubín. Luego Montecristi. En San José de las Matas y en Santiago, un clima de insurrección testimoniaba el patriotismo.

La reacción española fué violenta. En la persecución de los patriotas surgen las figuras espeluznantes de Buceta, Gobernador de Santiago, y de Campillo, ayudante de aquel. Un torrente de sangre dejaron tras sus crueldades los feroces defensores de la España colonialista. Sin embargo, feraz será la tierra fecundada con sangre libertadora!



Luperón, perseguido, se oculta. España pone a precio su cabeza. Ante el primer fracaso, conociendo el temple de su pueblo, ni un desmayo, ni un temor, ni una duda cupieron en su espíritu.

Subrepticamente reinicia de inmediato el peregrinaje hacia la liberación nacional. Las Lagunas, Puerto Plata, Jamao, La Vega, prestan oídos a su propaganda revolucionaria. Desde La Vega se mantiene en contacto estrecho con los nacionalistas de todo el Cibao.



En los primeros meses de 1863, un agitado espíritu de rebeldía aventaba los campos del Cibao y la línea Noroeste.

Sabaneta, fértil suelo para el impulso revolucionario se subordina la primera.

Y el 16 de Agosto, Guayubín se alumbra del fuego restaurador. La revolución regaba su caluroso grito hasta las puertas mismas de Santiago.

En lucha singular, bizarría y esfuerzo compitiéndose la gloria, se pone cerco a Santiago. Los intentos para tomar el fuerte, bastión y refugio español, llenan la historia de audacias y valentías. En la batalla del 6 de Septiembre, Luperón se jugó la vida como si el hecho de batirse por la libertad lo hiciera invulnerable.

Entre los soldados y frente al pueblo su fama crecía, un justo renombre le iba coronando.

Los españoles, arrinconados en el fuerte, piden negociar. Luperón, desde su cuartel general en Marilópez, cerrando el paso a todo compromiso que pudiera desvirtuar el triunfo, escribe a los Generales Gaspar Polanco, Benito Monción y José A. Salcedo: "Bajo cualquier punto de vista que se considere la situación, y a despecho del orgullo tradicional español, esos hombres son nuestros prisioneros y somos nosotros quienes debemos dictar las condiciones. Tal es mi sentir: si no se rinden a discreción deponiendo las armas, que perezcan todos en el castillo; pues en cuanto a mí no les permitiré ni comer ni beber sin que jueguen la vida a cada paso. Refuercen sus campamentos y no descuiden ninguna avenida para no dejarles brecha por



donde escaparse y mantener con honra el derecho de la guerra y de nuestra independencia". (3)

Tras varios intentos, los españoles logran salir del fuerte. Luperón los persigue y les causa bajas sensibles. De regreso a Santiago da su aprobación a las iniciativas de José Antonio Salcedo para la creación de un ejecutivo provisorio. El 14 de Septiembre de 1863 quedó instalado el gobierno con Salcedo como Presidente y Benigno Filomeno de Rojas en la Vicepresidencia.

Antes del nombramiento de Salcedo, los miembros del gobierno escogieron a Luperón para presidirlo pero éste declinó el ofrecimiento. Tenía apenas 24 años cuando ya podía ostentar el más alto cargo de gobierno. No quiso aceptarlo, porque no era su ambición ser Presidente, sino simple soldado al servicio de la causa independentista.

El Gobierno Provisorio le nombró entonces Comandante de Armas y Gobernador de Santiago. Tampoco aceptó, dando como razones de su actitud los siguientes argumentos:

"Siento infinitamente no poder desempeñar ni el uno ni el otro encargo, porque ambos destinos se hallan en abierta oposición con mis deseos. Al lanzarme en la arena de la revolución sólo he tenido por móvil el ansia de ver restaurada la República Dominicana, sus leyes y libertades".

Y agregaba: "Además, son las circunstancias excepcionales de una revolución, las que me han decorado con el título de General; nunca he sido militar y prefiero ante todo el dictado de Ciudadano".

El porvenir, ancho y abierto del gran restaurador, se encargaría de demostrar, más de una vez, que en aquellas palabras no había trasfondo de retenidas ambiciones. El gesto de hoy, sería el de siempre.

La libertad de la patria, la independencia, sin condiciones capaces de mediatizarla, total, ésa era la ambición del líder nacionalista y él la defendía como el primero.

Pocos días después de la famosa batalla del 6 de Septiembre, Salcedo propuso a Luperón hacer llamado a Buenaventura

(3) Manuel Rodríguez Objío — Gregorio Luperón e Historia de la Restauración — Santiago, 1939 — T. I — págs. 70-71.



Báez, a la sazón en Europa y quien no tardaría en vestir el traje de Mariscal de Campo español. Luperón rechazó de plano y con entereza semejante **posición**.

El mismo día de la instalación del Gobierno Provisorio se redactó el Acta de Independencia. El documento exhortaba a España a comprender el error en que había incurrido anexionando la República Dominicana: "... nuestra anexión a la Corona no fué la obra de nuestra espontánea voluntad, sino el querer fementido del General Santana y de sus secuaces..."



Ante las dificultades encontradas en La Vega, donde un grupo de pro-anexionistas mantenía una propaganda dañina a la causa restauradora, fué necesario designar un hombre capaz de poner límite a tan funesta situación.

La elección fué simple, no podía ser otra: Luperón se encargaría de la defensa del Cibao. Para facilitarle la misión se le otorgaban plenos poderes y el rango militar de General en Jefe de las Líneas Sur y Este.

A su llegada a La Vega, sintió de inmediato la cargada atmósfera. El rumor persistente de la presencia de Santana en el Cibao aumentaba el desarreglo.

Dice Rodríguez Objío, relatando la situación: "Los reaccionarios eran conocidos y sus manejos casi visibles; era preciso amedrentarles rápidamente o dejar perder la revolución; pero esos reaccionarios eran por desgracia dominicanos y Luperón no osaba herirlos: su corazón se negaba al sacrificio de sus conciudadanos". (4)

El profundo conocimiento que tenía de la sicología de sus compatriotas le hizo sentir la delicada coyuntura en que se encontraban La Vega y los pueblos aledaños. El ambiente se deterioraba día tras día.

Comprendió entonces, que frente al problema de enajenación que ciertos grupos habían creado en la masa de esos pueblos, tenía necesidad de golpear rudamente la conciencia colec-

(4) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 86.



tiva con un hecho que la hiciese recapacitar, primero, y ya luego volcarse libremente por el sendero de sus conveniencias nacionales.

Afortunadamente, el hecho aconteció. Tomado prisionero el Coronel español Galdeano, mientras se dirigía por escabrosos caminos rumbo a La Vega, pudo comprobarse que su misión era la de espiar y hacer contactos con los elementos anexionistas de la villa. Sin ninguna vacilación y aplicando la justicia de la guerra, Luperón ordenó su ejecución. Dice la historia, que Galdeano fué fusilado a las diez de la mañana y que ya a las tres de la tarde del mismo día el Acta de Independencia, que La Vega no había acogido con entusiasmo, contenía más de dos mil firmas.

Aquella actitud y las que cotidianamente tenía ante los mil problemas de la guerra, conjugaron en torno a Luperón las grandes mayorías de la región.

Resuelto aquel grave problema se dió de lleno a la organización del ejército para afrontar al Mariscal Pedro Santana. Ya para este entonces, Salcedo manifestaba abiertamente la ojeriza que tenía contra Luperón, entrabándole la libertad de mando tan necesaria en aquel momento.

Con su cuartel general en Cotuí, el caudillo restaurador trataba de obviar todas las dificultades. El 30 de septiembre apareció Santana en Bermejo. Luperón le salió al paso, teniendo antes que arengar a la tropa un poco indecisa frente a la fuerza del ejército español y al reputado nombre militar de quien lo comandaba.

El ejército libertador inicia el ataque desde la montaña. Su empuje irresistible hace que el enemigo retroceda. Baja al llano a perseguirle, redobla la violencia de su ataque y no detiene su impulso hasta no ver la desbandada del enemigo.

Gregorio Luperón, su patriotismo y su bizarría, alzaba triunfante la bandera nacional.

No había mayor altura para colocar su estrella.



Subyacentes, las debilidades y las ambiciones humanas carcomían el espíritu de Salcedo. Sin excusas, sin razones aparen-



tes, el Presidente del Provisorio destituye a Luperón de su cargo de General en Jefe del Ejército Libertador en las líneas del Este y del Sur.

Abrumado de pesar se encaminó a Santiago. A su paso salían los pueblos a pedirle que no abandonase la lucha por la libertad. Como si en algún momento hubiese transitado en su mente semejante idea. Para la patria su ánimo no tenía fisuras, no cabía en él el menor desaliento. El hombre podía estar lastimado, pero los dolores eran parte de la lucha por los grandes ideales y, más bien, aceraban su voluntad.

En Santiago, pidió permiso para ir a Jamao a ver su familia. Cada alto en su camino lo llevaba, vieja querencia de la tierra que encerraba sus recuerdos remotos, a Jamao, a Puerto Plata.

De regreso a Santiago es nombrado General en Jefe de las Fuerzas del Sur. Una vez en su destino, inicia con ardor la organización de las fuerzas de esa región. Ya el 7 de Noviembre de 1863, tras mucho batallar, entra triunfante a San Cristóbal.

Mientras el pueblo dominicano aunaba sus esperanzas en Luperón, un pequeño grupo, encabezado por el mismo Presidente Salcedo, atizaba pasiones y discordias contra el glorioso soldado. Vanas excusas servían a los juicios contra su persona. El agravio llegó a límites insospechados. En Baní, el General Pedro Florentino recibe la orden, firmada por Salcedo, de "sumariarlo y ejecutarlo". El laconismo de los términos no se debía a razones de estilo militar, sino a la falta absoluta de argumentos para fundamentar tan grande injusticia.

Florentino no cumplió la orden y lo dejó en libertad diciéndole: "Vaya Ud. al Cibao para que el gobierno ejecute por sí mismo lo que me ha encomendado". No se le escapaba al astuto general el fondo de las intrigas fraguadas contra Luperón.

En Baní la Junta de Gobierno certifica, en defensa del soldado los beneficios que su actuación aportó a la causa restauradora en aquellas comarcas. Los hombres más representativos de Ocoa hicieron igual.

Su llegada al Cibao produjo emoción. La gente le salía al encuentro para reclamarle que actuara. Pero él era incapaz de un gesto que pudiera dañar la independencia o manchar su nombre.



Una vez en presencia del Gobierno Provisorio expresó, que “venía para que ellos lo ejecutaran, ya que Florentino no tuvo valor para hacerlo”.

El Ejecutivo lo envió entonces a Sabaneta, en calidad de prisionero, bajo el cuidado de Santiago Rodríguez.

No podían algunos levantados espíritus del Gobierno Provisorio mostrarse indiferentes ante las calumnias que querían deshonar al gran patriota. Ramón Mella y Ulises F. Espaillat, pugnando por restablecer el honor y la entereza del restaurador, le aconsejaron, en carta firmada por Mella, de exponer ante la Secretaría de Guerra del Provisorio las etapas de su última campaña. Luperón lo hizo con lujo de detalles.

La leal y caballerosa alianza de Mella y Espaillat dió feliz resultado.



Luperón fué destinado a Montecristi, bajo las órdenes de Benito Monción.

A pesar de todas las ambiciones y del desequilibrio que aquella dura lucha creaba en algunos hombres, la historia se fue ordenando. Los acontecimientos mismos sirvieron para que aparecieran en su justo lugar los verdaderos valores.

Al iniciarse la Segunda Campaña del Este, Luperón fué llamado a Santiago y enviado a la vanguardia de la lucha. El 20 de Enero es nombrado Segundo Jefe del Ejército Libertador.

Los días subsiguientes fueron de ruda refriega. En el combate de la Sabana del Vigía, la lucha se trabó cuerpo a cuerpo. Para ambos ejércitos las pérdidas fueron dolorosas.

En la batalla, Luperón se cubrió de gloria. El relato histórico de su lucha en medio de las tropas españolas alcanza lo sublime.

Las implicaciones políticas de esta campaña fueron importantes. El gobierno español tomó conciencia de la fuerza de sus adversarios y del invariable propósito de los dominicanos de ser independientes. Decidió entonces entablar negociaciones para una suspensión de armas. La entrevista entre los representantes de ambas partes tuvo lugar en Bermejo, el 3 de Febrero de 1864. Frente a la inclinación de Salcedo a aceptar la tregua, Lu-



perón, apoyado por el General Eusebio Manzueta, mantuvo la tesis de continuar la guerra sin ningún paréntesis que pudiera desorganizar y hasta mediatizar el clima alcanzado por las armas restauradoras. Dice Rodríguez Objío que de haberse aceptado la tregua, "... ya la fuerza o ya el soborno habrían anquilado pues radicalmente la Revolución Restauradora". (5)

La negativa de Luperón tenía legítimas razones: el temor de que el descanso de la guerra, la pérdida del ritmo que la contienda imponía a los hombres, diera lugar a que las apasionadas ambiciones, a la sombra de dudosas transacciones políticas, pudieran deformar o impedir el triunfo de la causa nacional.

Se rumoraba que el Gobierno español preparaba una formidable invasión al Cibao al mando del temido General Juan Suero, apodado el Cid Negro en honor a su valentía. Luperón, seguro de que nada estimula y nutre con más fuerza el valor que lo honesto y lo justo del ideal que se defiende, respondió a Salcedo en los días en que se hablaba de tregua: "... si continúa la guerra, sin municiones, sin armas y con pocos hombres, yo aseguro que el enemigo no pasará de aquí". (6)

El Gobierno Provisorio confió en sus argumentos y le ascendió a General de Brigada.

En los primeros días de marzo se reinició la lucha. Después de haber derrotado al enemigo en Monte Plata y ya luego en Yerba Buena, el día 24 de ese mes, en reñido encuentro con los españoles, en el célebre combate de Paso del Muerto, cae mortalmente herido el Cid Negro.



Cada triunfo de Luperón redoblaba las intrigas y azuzaba las envidias. En mayo del mismo año, enfermo, toma el rumbo de Puerto Plata buscando calma y reposo junto al solar nativo.

Con todo y sus éxitos, la causa nacional peligraba. La invasión española a Montecristi, lograda tras feroz combate librado contra Pimentel, Polanco y Monción, comprometía la unidad

(5) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 152.

(6) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 152.



alcanzaba en todo el Cibao y la línea Noroeste por las armas restauradoras.

Las ambiciones de Salcedo, al margen totalmente de los ideales nacionales, contribuían poderosamente al menoscabo de aquella unidad.

Frente a este estado de cosas, el Gobierno Provisorio llama a Luperón y le nombra Jefe Superior de Operaciones de la línea Noroeste y Delegado del Gobierno. El líder restaurador se dedica de inmediato a cohesionar los ánimos, muy abatidos y dispersos por ese entonces. "Las autoridades todas, locales y generales, declinaron su poder en aquel joven soldado, que resumía todo el prestigio y toda la fuerza de aquella época". (7)

A pesar de la valentía que como soldado mostraba, muchas quejas fueron acumulándose contra Salcedo. El General Gaspar Polanco, mediante un hábil movimiento militar derroca al gobierno, y más tarde ordena la muerte de Salcedo. Gesto, en realidad, desafortunado. Luperón, aunque conociendo los enturbidados manejos de Salcedo y sabiendo las tantas intrigas que tejó contra su persona, protestó por su ejecución, considerando la actitud de Polanco contraria a la entereza de un soldado de la restauración.



Polanco fué proclamado Presidente del Provisorio el 10 de octubre de 1864. El gobierno que se inauguraba iba a tener como misión cardinal la integración en la lucha contra España de todos los intereses nacionales. La conformación humana misma del nuevo gobierno lo hacía altamente representativo de los ideales populares independentistas.

Vislumbrándose el triunfo, la administración de Polanco fué creando las estructuras administrativas en las que se iban a sedimentar y actuar las instituciones políticas de la República.

Luperón fué llamado para ocupar el cargo de Gobernador de La Vega.

En su nuevo destino, se desvivió por dar a aquella ciudad una administración sólida. Y así lo hizo.

(7) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 181.



Desde mayo de 1864 hasta enero de 1865 el Gobierno de Polanco mantuvo una política altamente benéfica para el triunfo de la causa nacional. Su fuerza, su entereza, fueron rasgos necesarios para marginar las oscuras corrientes que, alimentadas por intereses políticos extemporáneos y bastardos, arriesgaban desviar los objetivos de las clases afanosas de ganar la independencia. El fin inmediato que se propuso alcanzar el Gobierno fué la restauración de la soberanía. El proceso de la lucha y la firmeza con que lo orientara, dan sobradas razones para juzgarlo positivamente.

Ahora bien, a medida que el triunfo se hacía realidad, una parte de las fuerzas hasta ayer aglutinadas en el ideal nacional, iniciaron un movimiento político que prefiguraba las futuras contiendas intestinas. Frente a esa actitud, el 25 de noviembre de 1864, el Gobierno del General Polanco lanzó una célebre proclama, en la que ponía al descubierto las ambiciones de las diferentes banderías políticas que en el seno mismo de la guerra orientaban sus intereses futuros, y trazaban en líneas generales la orientación que dentro de la problemática nacional se proponía seguir el Partido Nacional, fundado en los inicios de la Restauración.

La intrincada situación y el riesgo de que una guerra civil comprometieran pesadamente la independencia nacional, hizo que los miembros del Gobierno Provisorio, con Ulises Francisco Espaillat a la cabeza, decidieran dar su dimisión.

El General Polanco tuvo que someterse ante la fuerza de los acontecimientos. Luperón fué encargado del Poder Ejecutivo.

Los Generales Pedro Antonio Pimentel, Benito Monción y Federico García, jefes del movimiento contra Polanco, nombraron el 24 de enero de 1865 una Junta Superior Gubernativa, designando a Benigno Filomeno de Rojas como Presidente y a Luperón, en calidad de Vicepresidente. Al gran soldado se le había ofrecido anteriormente la Presidencia, pero no quiso aceptarla.

Convocada la Asamblea Nacional se reunió para la elección del Presidente y de los Diputados. El General Pedro Antonio Pimentel resultó electo para presidir el Ejecutivo



La guerra contra España había terminado, prácticamente, a principios del año 1865. El 11 de julio de 1865 las tropas españolas abandonaban el territorio de la República Dominicana.

Más tarde escribía Luperón sobre la Anexión a España y resumía en algunos párrafos, la heroicidad del pueblo dominicano en su lucha por conquistar la libertad: “En aquella grandiosa batalla de la independencia, que será eternamente la mayor gloria y honra de la nación dominicana, cada pueblo y cada lugar era un inmenso campo de combate, y cada dominicano se convirtió en un soldado de la libertad!” (8)

La magnífica epopeya restauradora fué la prueba más contundente de la madurez del espíritu nacional. Frente a la Anexión, obra de obsecados intereses políticos, el pueblo dominicano, ampliamente, con toda la amplitud de las clases que lo componían, luchó hasta alcanzar la victoria y realizar políticamente sus ambiciones de conglomerado con características propias.

III

Por la Integridad Nacional

Lograda la independencia y encauzada libremente la nacionalidad, Luperón regresó a Puerto Plata.

Al triunfo de la revolución contra Pimentel, encabezada por el General José María Cabral, éste le pidió que viniese a verle a Santiago a fin de que cambiasen impresiones. Como resultado del encuentro Luperón prometió apoyar al gobierno, aceptando el cargo de Gobernador de Santiago.

Contra Cabral se levantaron en armas los representantes del baecismo y una facción del Partido Nacional. El General M. Rodríguez, quien encabezaba el grupo disidente del Partido Nacional, escribió al patriota restaurador, diciéndole que su movimiento nombraba “Protector de la República al General Luperón”. Su respuesta fue definitiva: “Ud. invoca en sus propósitos, decía a Rodríguez, como el tutelar apoyo de su empresa, el

(8) Emilio Rodríguez Demorizi — Escritos de Luperón — Santo Domingo, 1941 — págs. 230-231.



nombre del pueblo dominicano y al pronunciar ese nombre no dudo comprenderá Ud. y los individuos que lo rodean, que el gran pueblo lo compone la masa nacional, la familia toda que constituye la República: y esa misma masa, sin coacción alguna fué la que, sin amenaza de fuerza y voluntariamente, se adhirió en el mes de agosto al santo grito dado en la capital. Esa misma masa, que no la compone un individuo, ni una sola población, fué la que estando en el pleno goce de su autonomía, creó sus autoridades, su Gobierno Provisional, que apresurándose a cumplimentar fiel y religiosamente el encargo de su corta y transitoria misión, ha convocado y dejado instalar un Congreso que hoy representa en Santo Domingo lo que se llama pueblo dominicano”.

Su amor a la democracia, su profundo respeto a las instituciones libremente surgidas de la voluntad popular, no pueden tener mejores ejemplos que esos agudos pensamientos, hijos de su profundo espíritu cívico.

Los cantos de sirena del poder lo dejaban indiferente: “Paso en silencio el risible ofrecimiento que se me hace de la Protectoría . . .” Termina su carta ofreciendo garantías para los insurrectos, pero advirtiendo severamente: “. . . desde que se dispare un sólo tiro, quedará sin efecto mi promesa, y todos correrán la suerte de la guerra”. (9)

La conspiración baecista triunfó, y el mismo Presidente de la República, a quien el Partido Nacional reprochaba su debilidad y tolerancia frente a las maniobras de Báez, se adhirió al nuevo estado de cosas. Al llamado que le hiciera Cabral para que sumara su voluntad en favor de Báez, Luperón contestó: “Vistos los oficios del General Cabral, Protector de la República, y el Manifiesto que los acompaña, por el cual se proclama a Buenaventura Báez Presidente de la República, figurando el citado General José María Cabral, como el primer firmante, ordenándoseme al mismo tiempo que pronuncie esta provincia de mi mando a nombre de esos principios antinacionales; y no siéndome posible como soldado de Capotillo y prohombre de la gloriosa Restauración dominicana, llenar ese cometido sin traicio-

(9) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 295.



nar mi conciencia y la santa causa de la independencia dominicana, vengo por la presente a deponer el mando..." (10)

—oOo—

El mismo día de la juramentación de Báez, el 8 de diciembre de 1865, Luperón empuñaba las armas para defender los fueros nacionales.

Puerto Plata fué el centro de este primer movimiento contra el gobierno. En un manifiesto, los revolucionarios señalaban las múltiples tentativas de Báez para comprometer la soberanía.

Tantas fueron las causas adversas al triunfo inmediato de la revolución y al establecimiento de una firme unidad entre las fuerzas del Partido Nacional, que Báez pudo asentarse, con dureza dictatorial, en el poder usurpado.

Luperón partió para las Islas Turcas.

Amargas son, en verdad, las vicisitudes que hace correr a los hombres la amorosa dedicación a la causa de los intereses nacionales. Sólo seis meses habían transcurrido desde el triunfo restaurador y ya Luperón, el más conspicuo jefe de aquella gloriosa jornada, sufría las desventuras del ostracismo.

Ahora bien, el Gobierno de Báez no contaba con la fuerza capaz de apuntalarlo y permitirle imponer al pueblo sus sombríos propósitos.

Unificados los criterios de la resistencia interna en torno al ideal del gran restaurador, se reinició la revolución contra Báez. El 28 de abril de 1866 desembarca en Puerto Plata. Al ofrecimiento que le hicieran los generales del movimiento para que asumiera la dictadura absoluta, rehusa oponiéndole su respeto a las instituciones democráticas.

Se formó un triunvirato compuesto por Luperón, Federico García y Pimentel.

Temeroso de que dentro de las filas nacionales se iniciaran rivalidades por el poder y para evitar confusiones acerca del motivo que lo llevaba a la lucha, escribe al General Pimen-

(10) Gregorio Luperón — Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas — Santiago, 1939 — T. I — pág. 362.

tel una carta, en fecha 15 de julio de 1866, en la que externa: "Soy entusiasta y ardoroso campeón, cuando se trata de combatir al extranjero o a sus representantes, pero tiemblo ante la perspectiva de una lucha de hermanos, movida por rivalidades o personales sentimientos". (11)

Al término victorioso de la revolución, presentó renuncia de su cargo de Triunviro y de su rango de General en Jefe, para retornar de inmediato a las Islas Turcas. En su carta de renuncia puntualiza: "Antes de concluir, permítanme Uds. reiterarles otro propósito que por mi manifiesto tengo expresado: "soldado de la Restauración no pertenezco a ningún partido y nunca serviré intereses extranjeros, los que antes bien estoy siempre resuelto a combatir. Téngase eso bien en cuenta". (12)

El desarrollo del proceso revolucionario corría el riesgo de ser trastocado por la aparición de intereses contrarios al bienestar nacional. La urdimbre de ambiciones personales amenazaba la estabilidad alcanzada. La nueva situación obligó a Luperón a posponer su decisión. En una alocución explicaba al pueblo las razones de su vuelta al seno del gobierno: "... los acontecimientos que en el corto espacio de diez días se desarrollaron en el suelo dominicano, y las circunstancias de haber descubierto en el extranjero una intriga tendiente a relajar el principio de nuestra nacionalidad, me movieron a abandonar aquellas playas y unirme nuevamente a mis demás colegas, a fin de salvar a todo trance el orden perturbado y la patria amenazada". (13)



El 22 de agosto de 1866 el General José María Cabral asume la Presidencia de la República.

No queriendo aceptar ningún cargo público, Luperón instala una casa de comercio en Puerto Plata.

(11) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 345.

(12) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 344.

(13) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 28.



La elección de Cabral significaba, en principio, el triunfo del Partido Nacional. Pese a los constantes esfuerzos del baecismo para fomentar la revuelta, el apoyo dado a Cabral por parte de los prohombres de la Restauración, sobre todo por Luperón, contribuyó a la estabilización del gobierno.

Desde el extranjero Báez no cesaba en su empeño de comprometer la soberanía a fin de alcanzar el poder.

Desgraciadamente, Cabral, con propósito ambicioso y buscando neutralizar a Báez, empleaba procedimientos similares a los de éste. Luperón le escribía desde Puerto Plata, diciéndole entre otras cosas: "Hoy se acusa a su Gobierno de proyectos antinacionales, y se asegura, que pretende negociar la Bahía de Samaná con el gobierno americano. Ilústreme sobre este particular, porque en semejante caso, no estoy dispuesto a sostener su administración, antes bien, sería el primero en combatirla". (14)

La revolución baecista, apoyada por el dictador y antipatriota haitiano Salnave, irrumpió apoderándose de Montecristi.

Luperón no podía vacilar. El equilibrio de la soberanía nacional estaba quebrantado. Quienes antes de 1844 habían tratado mil veces de venderla al extranjero, amenazaban otra vez con ponerla en pública almoneda. El caudillo restaurador alzó la voz y desnudó la brillante espada: "Dominicanos: la historia de Báez os es bastante conocida para que yo trate de bosquejarosla. El siempre ha sido enemigo de la patria, y hoy, para colmo de su infamia, trata de vendernos por dos millones a los Estados Unidos de América... ¿Qué le importa a él nuestra independencia cuando no sabe lo que cuesta?". (15)

Cabral no apoyó de inmediato los pronunciamientos nacionalistas de Luperón. Subyacentes, las maniobras de Báez continuaban royendo el gobierno. Luperón expresó a Cabral que con la ayuda inmediata de los líderes nacionalistas, podía darle el frente a Báez y vencerlo. El Presidente vaciló otra vez.

Comprendiendo las dobleces de Cabral, partió de nuevo hacia las Islas Turcas. Desde allí le escribió con ánimo conturba-

(14) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 67.

(15) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 89.



do, aunque lleno de iracundo patriotismo: “Después, para mi mayor sorpresa, supe por vía de San Tomas, que Ud. negociaba con el yanquee parte de nuestro territorio, y este hecho me ha parecido el más horrible de su carrera pública”. (16). Acusación terrible, pero cierta. La historia confirma, más de una vez, las razones del líder restaurador para quejarse, tan amargamente, frente a un hombre que ayer nacionalista, hoy caía en un inaudito oportunismo.



En enero de 1868 Cabral capitulaba en las manos del General Hungría, quien asumió la presidencia provisionalmente. El mes de mayo Buenaventura Báez, “Gran Ciudadano”, prestaba juramento como Presidente.

Un largo período de reiterados atentados a la soberanía y a la nacionalidad se abrió con este nuevo Gobierno de Báez. La política gubernamental estaría dirigida, paulatina y sistemáticamente, a mermar la integridad nacional.

“Aún antes de prestar juramento, Báez manifestó su deseo de negociar inmediatamente para el arrendamiento del territorio de Samaná...” (17) Sin detenerse en esas negociaciones, propuso luego la venta de Samaná por un millón de dólares en oro, más cien mil en armamentos, y dejaría para más tarde, no mucho tiempo después, la oferta de anexión del país a los Estados Unidos.



Las ambiciones de Báez encontrarían un gran incentivo en las declaraciones francamente imperialistas del Presidente Johnson, hechas en un mensaje extraordinario dirigido al Congreso a fines del año 1868. El jefe del Ejecutivo norteamericano trazaba en este documento las líneas generales de una política in-

(16) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 102.

(17) Sumner Welles — La Viña de Naboth — Santiago, 1939 — T. I — págs. 327-28.



ternacional expansionista, ya conocida, pero raramente puesta en claro con tanta falta de pudor. Al tiempo que declaraba la incapacidad de la República Dominicana y de Haití para edificarse sobre bases institucionales republicanas, traía a colación, a título de argumento efectista, la Doctrina de Monroe: "Si bien los Estados Unidos han profesado siempre una falta de inclinación a permitir que cualquiera porción de este Continente o de sus islas adyacentes se conviertan en teatro de un nuevo intento para el establecimiento de los poderes monárquicos, hemos hecho muy poco por añadir las comunidades que nos rodean a propio país..." Continuaba Johnson más adelante: "Esta cuestión es sometida a vuestra consideración con fervor, porque estoy convencido de que ha llegado el momento en que un procedimiento directo, como lo es la proposición de la anexión de las dos Repúblicas de la isla de Santo Domingo, no sólo tendría el consentimiento del pueblo interesado, sino que también será motivo de satisfacción para todas las demás naciones extranjeras". (18)

El gran cinismo de Johnson encontró eco favorable en el Gobierno de Báez. Sin tardanza el Presidente dominicano y su Gabinete escribieron una carta insólita al mandatario norteamericano expresándole en uno de sus párrafos: "Vuestra idea es preferible a cualquier otra política, en lo que se relaciona con nuestro país, puesto que es altamente honorable y muy aceptable a todo nuestro pueblo, cuyas esperanzas y deseos son de colocarse bajo la protección de esa poderosa República hermana".

En el año 1869 el Gobierno norteamericano, presidido por el General Grant, dará calor a la idea y pondrá en marcha todo el engranaje imperialista para tratar de anexar la República Dominicana. (19)

—oOo—

Por encima de todas las divisiones que entre los diferentes líderes se manifestaban en el exilio, Luperón aparecía como el

(18) Welles — op. cit. — T. I — págs. 327-28.

(19) Welles — op. cit. — T. I — pág. 329.



símbolo de las fuerzas patrióticas. Contra Báez no había mejor bandera que la del nacionalismo. Junto a ella todo el pueblo dominicano se aglomeraba en fervido abrazo. Y para defenderla sin demora ni cálculo, un nombre atravezaba el ámbito nacional: Luperón.

En toda la República y en el extranjero, el caudillo era aclamado como el máximo defensor de los valores nacionales.

El 29 de abril, desde San Tomas, escribía el General Pimentel: "Yo también tengo recibidas varias cartas de los amigos que están en el país, por las cuales me llaman a organizar y encabezar un movimiento contra el Mariscal: parece que ellos lo creen posible y fácil. Con tal motivo he venido a esta plaza para unificar a todos los dominicanos amantes de su patria, y verdaderos enemigos del Gobierno antinacional de Báez, a fin de que apersonados y sin espíritu de extranjerismo, echemos las bases de una revolución vigorosa y nacional". (20)

Pimentel ambicionaba la dirección del movimiento contra Báez, pero ante la amplitud de la solidaridad popular con Luperón le escribe reconociéndole la calidad y el mérito para ejercer la jefatura del movimiento: "Cualquier otro hombre que así se hubiese interpuesto en mi camino me habría condenado a la indiferencia, o a continuar mi marcha sin reparar en él; pero Ud. mi querido compañero, significa para mí la idea nacional..." (21)

Y era que Luperón, oponiéndose a los interesados propósitos con que algunos defendían la causa nacional, se entregaba a ella, en cuerpo y alma, con un despego hacia lo material difícilmente igualado en la historia dominicana.

Los meses subsiguientes serían de gran tráfago en los preparativos de la revolución. Luperón, General de División y Jefe del Poder Ejecutivo de la Revolución Dominicana, viajaría constantemente por todas las pequeñas islas antillanas y Haití, en un afanoso empeño de atar cabos, de apretar voluntades y exaltar el espíritu patriótico en pro de la faena nacionalista.

(20) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 128.

(21) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 133.



El Arzobispo Meriño, a la sazón en Barcelona, escribe a Luperón lleno de júbilo por la decisión del caudillo de aceptar la dirección de la revolución. “¡Muy bien! amigo mío, yo le felicito de corazón! Ud. no desenvainará inútilmente su espada siempre vencedora, y su nombre que otras veces ha hecho estremecer los eternos enemigos de la patria, bastará ahora para confundirles”.

En la misma carta, Meriño señalaba que tenía plena confianza en él para la creación de un gobierno “patriótico, nacional, liberal y enérgico”, cuyos líderes fueran dedicados y “fieles servidores de la Ley”. (22)

Luperón respondió a Meriño con prístinos conceptos: “Para nuestro país, antes que todo, deseo la paz, y yo quiero que ella se establezca basada en instituciones liberales, que sean practicable entre nosotros”.

Esta creencia, sobre lo que debía ser la República Dominicana, sus instituciones, era algo enraizado de manera reflexiva en el espíritu del gran patriota. Jamás, y así lo mostraría al correr de los años, tuvo la debilidad de improvisar sobre las conveniencias de su patria. Sus largos viajes por el extranjero, sus conocimientos, los virtió en función de las necesidades dominicanas, los orientó al través de las características de su pueblo. En él no hubo, nunca, bastardo y acomplexado intento de extranjerizar las instituciones nacionales. A título de conclusión, expresaba al prelado su gran ambición: “. . . radicar en nuestra patria el verdadero sentimiento de nacionalidad”. (23)

Ese era su empeño más alto: troquelar el sendero de la nacionalidad, hacer que en él germinaran los sacrificios que el pueblo había pagado en las cruentas luchas por el logro de su independencia.

—oOo—

Acelerando su desbocada carrera hacia la intervención norteamericana y desirviendo constantemente el sentimiento nacionalista del pueblo dominicano, Báez atizaba todas las discordias e imponía su dictadura.

(22) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 151.

(23) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 160.



Luperón protestaba ante el mundo por el compromiso con que se quería ligar la nación en perjuicio de su soberanía. Luego de poner al descubierto las diligencias de Báez y de los agentes norteamericanos, proclamaba: "Nuestras instituciones están muy claras, muy terminantes. Ellas prohíben, en cualquier forma, la enajenación de todo o parte del territorio de la República. Esto quiere decir, que constitucionalmente, la enajenación de Samaná es irrealizable; y lo es aún más cuando la mayoría del pueblo dominicano no presta ni prestará jamás su conformidad a semejante sacrificio, porque la venta de Samaná a una potencia extranjera, será un peligro para la independencia de la República Dominicana". Y en las conclusiones de este histórico documento, decía con encendimiento: "Protesto de la manera más solemne contra toda negociación que tenga por objeto la venta de Samaná a cualquier potencia extranjera, sea en la forma que fuera, por creerla inconveniente a los intereses y a la seguridad del país y contraria a la Constitución del Estado". (24)

Desde Kingston se dirige a bordo del vapor Carabela, hacia San Tomas. A su paso por Santiago de Cuba vinieron a verle algunos exilados dominicanos que allí se encontraban. Al invitarlo a bajar a tierra, contestó diciendo que no amaba pisar en suelo esclavizado.

Ya por estos años los contactos de Luperón con los revolucionarios cubanos y puertorriqueños eran íntimos y sostenidos. Su fervor por la causa independentista de los dos pueblos hermanos constituirá una de sus más caras preocupaciones. A su fe nacionalista era consubstancial el ideal antillano. La altura humana alcanzada por Luperón no podía ser indiferente al doloroso drama que en Puerto Rico y Cuba se desarrollaba.

El 23 de septiembre de 1868 Puerto Rico se irguió armado tras el Grito de Lares. Al través del Dr. Ramón Emeterio Betances, Luperón dió calor a la gloriosa hazaña.

El fracaso de Lares no desanimó al patriota, ni aminoró su pasión por la independencia de aquella isla hermana. Más tar-

(24) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — págs. 166-67.



de, junto a Hostos, encontrará los mejores argumentos para alentar el ideal de Confederación de las Antillas. (25)



El Gobierno de Báez, no pudiendo enajenar la República, atentaba a su soberanía mediante empréstitos costosos. Mientras esto ocurría, las distintas fuerzas políticas revolucionarias experimentaban profundas divisiones, colisiones de intereses de grupos y hasta de personas.

Atento sólo al bienestar de su patria y frente a la inminencia del peligro a que estaba expuesta la soberanía dominicana por las últimas actuaciones del gobierno baecista, Luperón escribe una carta al Secretario de Estado de Asuntos Exteriores norteamericano, en la que le envía adjunta una copia de la proclama hecha en Kingston. En uno de sus párrafos dice al Secretario de Estado Seward: "Como esa protesta la comuniqué también a los diferentes gobiernos de América y Europa, y la generalidad de esos gobiernos oportunamente me han acusado el correspondiente recibo, mientras V. E., acaso por sus numerosas atenciones, no lo ha hecho todavía; y como al mismo tiempo hay fundados motivos para creer que el General Báez no ha desistido en sus miras de enajenar aquel territorio, sin embargo de prohibírsele terminantemente el espíritu y la letra de la Constitución; asegurándose hoy que una asociación fundada en New York, u otro punto de los Estados Unidos, está en negocios con el mencionado Señor Báez, circunstancia que trae en completa alarma a la República Dominicana, que no quiere, ni tiene voluntad de desprenderse de ninguna porción de su territorio, aunque sí siente las mejores inclinaciones a conservar con las naciones amigas, y especialmente con los Estados Unidos, sus más íntimas relaciones de amistad y de comercio..." (26)

Entre tanto, Luperón se lanzaba de lleno en la revolución contra Báez, en el barco El Telégrafo, perteneciente a la causa

(25) E. Rodríguez Demorizi Luperón y Hostos Santo Domingo,
1939 — págs. 14 y 15.

(26) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II pág. 211.



revolucionaria. A su llegada a Haití, a San Marcos, donde podía fácilmente establecer contacto con los patriotas del Sur, redacta una proclama A LOS DOMINICANOS, en la cual señala las actividades baecistas contra la soberanía dominicana, “ayer queriendo volver a españolizar el país, y hoy tratando de americanizarlo con la venta de Samaná, como lo confirman los documentos oficiales, los discursos producidos en el Congreso de los Estados Unidos...” (27)

Después de establecer los contactos con las fuerzas revolucionarias y encontrar solución a mil delicados problemas, zarzó de San Marcos el 29 de mayo en dirección a Puerto Plata. Bombardea El Castillo y pone proa hacia Samaná, donde desembarca y toma la ciudad. Desde el cuartel de Santa Bárbara de Samaná dirige una alocución a sus conciudadanos señalándoles que “el hecho Restaurador que se produjo ayer en vuestro recinto, es un hecho nacional...”

En Samaná inició de inmediato la estructuración de los organismos del Estado revolucionario, al través de una Junta de Gobierno, en la que él asumía la Presidencia. Y para dotar a este gobierno de proyecciones y de normas públicas, puso en vigencia el Manifiesto hecho el 17 de abril de 1869 a bordo del vapor El Telégrafo y firmado por la mayoría de los líderes del movimiento, en el cual se asentaba: “... la Nación procederá a reconstruir su modo de ser político, por los medios de costumbre, llevando por lema la unión de todas las comuniones políticas que tengan cabida bajo el girón de su bandera nacional, pues que, en lo adelante, todos los dominicanos, sin excepción, tendrán el imprescriptible derecho de sentarse a su albedrío en el regazo de la patria, para cuyo logro se abolirá para siempre la pena de expulsión”. (28)

En Luperón no había odios. Demasiado grande y generosa era la causa que defendía para permitir que en ella encontraran caldo de cultivo los rencores personales. Los principios de libertad, de soberanía, de independencia poblaban sus ideales democráticos. Sólo los que trataran de mancillar la patria eran sus enemigos, porque lo eran del pueblo, de la nacionalidad.

(27) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 241.

(28) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 269.



A la indiferencia con que eran escuchadas sus continuadas protestas dirigidas al Gobierno de Báez y al Gobierno norteamericano, respondió tomando a Samaná por las armas en gesto simbólico de su decisión de defender la soberanía, de su afán de oponerse, con su persona de por medio, a los intentos de vender esta porción del territorio de la República. Interponía su pecho entre el pueblo dominicano y sus tiranos. ¡Vigorosa e inexpugnable armadura para resguardar la integridad nacional!

Luperón parte de Samaná a la Saona y de allí, pasando por Baní y Azua, llega a Barahona. La expedición de El Telégrafo no dió los beneficios deseados, pero creó un serio impacto en la conciencia dominicana.

El vapor fué declarado fuera de ley cuando el régimen de Báez lo calificara de pirata. El gobierno norteamericano dió todo su apoyo para destruir El Telégrafo, enviando barcos a perseguirlo por todo el mar Caribe. Poco tiempo después la embarcación era secuestrada por los ingleses. Luperón hizo una larga exposición a la Reina Victoria, demostrándole la falsedad de la acusación de pirata y su profundo respeto a las leyes internacionales.

—oOo—

Terminado el año de 1869, escribe una carta al Presidente norteamericano Grant, en la que con juicio clarividente protesta por las actitudes imperialistas e intervencionistas del Gobierno norteamericano. En uno de sus párrafos más relevantes, decía el gran estadista dominicano al General Grant: “Si apeláramos ambos a un juicio imparcial de las naciones cultas, y preguntáramos cuál es el verdadero pirata: entre el General Luperón, que montaba el vapor “Telégrafo” y procuraba salvar la integridad territorial del suelo que le vió nacer, o el Presidente Grant que envía sus vapores a ampararse de Samaná, sin previa autorización del Congreso Americano la solución sería a mi ver difícil. Señor Presidente: S. E. ha abusado de la fuerza para proteger la más baja corrupción. Y si es cierto que es humillante para el pueblo dominicano tener mandatarios tan traidores, no es menos indecoroso para el gran pueblo americano el que su Gobierno consienta en tan ruines achicamientos. Para ambas naciones el hecho es afrentoso”.



Preciso es señalar, que el nacionalismo de Luperón, con todo lo intransigente que era, no tuvo nunca recurso al vilipendio contra los pueblos cuyos gobiernos trataban de anexar el país. Frente al pueblo norteamericano jamás tuvo un desliz. El razonado y profundo análisis que hacía de todas las circunstancias que rodeaban una situación política, nacional e internacional, lo llevaba a comprender el sitio preciso en que se colocaban las responsabilidades. Frente a los gobiernos norteamericanos imperialistas, era firme y tajante. Frente al pueblo norteamericano demostró comprender su gran sensibilidad democrática. Inspirada su lucha en los afanes populares, conocía el espontáneo amor de los pueblos por las causas justas. Ya en carta a José Joaquín Delmonte, Luperón expresaba: "La Gran Nación Americana es bastante sabia y prudente para seguir a sabiendas una falsa política en nuestra tierra. . ." Cuando así hablaba las negociaciones por Samaná no alcanzaban aún la gravedad presente. Pensaba, que la fuerza de la opinión pública nacional de los Estados Unidos se opondría de lleno a la anexión, tal vez sin querer creer que las dobleces de la política de aquel país la mantendrían al margen, ignorante de los inescrupulosos desig-nios de sus gobernantes.

En la carta dirigida a Grant, prevenía al gobierno norteamericano del error que podía cometer anexando una porción o la totalidad del territorio dominicano: "En esta tarea degradante, decía el líder nacionalista, los traidores pierden el tiempo, el trabajo y el honor; más tarde o más temprano los hechos se restablecen. Las estafas de este género no tienen porvenir, no se borra una Nación por pequeña que sea, como una huella estampada sobre arenas. El Gobierno Americano notificó a los franceses el año 66, que su permanencia en Méjico era una amenaza para la América; el pueblo dominicano pensaba lo mismo, y nuestro Congreso discernió al invicto Juárez el título de "Benemérito de América". Ahora bien, no serán una amenaza para la América las usurpaciones de vuestro Gobierno?" Y luego continuaba más adelante: "La repetida doctrina de Monroe tiene sus vicios y sus delirios, nosotros creemos que la América debe pertenecer a sí misma, alejada de toda influencia Europea, vivir como el mundo viejo, de su vino propio, local e independiente; pero no pensamos que la América deba ser yanquee. De



un hecho al otro hay una gran distancia que no se puede salvar. Nosotros conocemos la respuesta que dió Washington a los ingleses cuando éstos le pedían un puerto en el litoral Norte, para establecimiento de una escala: "Cada pulgada del territorio americano cuesta al pueblo una gota de sangre". La República Dominicana es un pedazo de tierra bien pequeño, que ha abortado grandes calamidades para las naciones que han pretendido usurparlo". (29)

El análisis de Luperón a la Doctrina de Monroe no podía ser más contundente. Situaba la política norteamericana dentro del ámbito internacional del siglo XIX, época de grandes cambios en la balanza de las fuerzas mundiales.

Los Estados Unidos, con su famosa Doctrina de Monroe, se apoyaron en la excusa de querer preservar toda América de la ambición colonialista europea. Aunque la doctrina hizo un pretendido planteamiento moral, apenas encubría las verdaderas intenciones del imperialismo norteamericano. La lucha entre las grandes potencias de la época no tuvo razón de ser filosófica ni de principios. Era, simplemente, un afrontamiento de grandes intereses económicos, pugnando por agrandar sus zonas de dominio.

De todas esas potencias, Norteamérica sería la más poderosa a partir del último cuarto del siglo XIX. La vecindad de Latinoamérica con aquella nación la situaba al alcance de los zarpazos de su imperialismo.



Grant no hizo ningún caso a los argumentos de Luperón y continuó impertérrito alimentando las miras antinacionales de los baecistas. La actitud desdeñosa del Presidente norteamericano lo decidió a dirigir una exposición al Congreso de los Estados Unidos de América, protestando por las negociaciones que contra la soberanía dominicana se estaban llevando a cabo. En

(29) Academia Dominicana de la Historia — Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871 — Prefacio y notas de E. Rodríguez Demorizi — Santo Domingo, 1960 — págs. 18-19.



efecto, el 29 de noviembre de 1869, fueron firmados el Tratado de Anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos y la Convención negociando el arrendamiento de la Bahía y la Península de Samaná. Considerando el Presidente Grant que, si no el Tratado, por lo menos la Convención sería ratificada por el Senado de los Estados Unidos, decidió enviar un buque de guerra y tomar posesión en nombre de su país, de aquella porción del territorio dominicano.

Haciendo un llamado a la cordura y al sentimiento democrático de los representantes de la Nación norteamericana, Luperón protestó en términos precisos y con razonamientos concienzudos, dando prueba de un fino conocimiento del Derecho Público Interno como Internacional: "La República Dominicana, es abiertamente hostil a la idea de abismarse en una extraña nacionalidad. . ." Y agregaba: "El Gobierno Dominicano carece de poder legal, para resolver, como lo ha hecho, la cesión de Samaná por ahora, y la de todo el país más adelante, pues esos actos sólo son atributivos a la nación en masa, única que puede decidir la incorporación de una parte o el todo de ella, sin que dicha potestad pueda ser transmitida a cuerpo ninguno del Estado". Y remataba sus argumentaciones jurídicas con la siguiente frase: "En casos de legal arrendamiento territorial de una nación a otra, la soberanía y la jurisdicción quedan incólumes y no declinan en favor del arrendador, como en el caso presente. La ocupación pues de Samaná, constituye un acto de violencia consumado por la fuerza que hiere la soberanía del pueblo dominicano y que la Gran Nación que V. V. S. S. representan debe rechazar como contrario a su civilización, al respeto debido al derecho y autonomía de los pueblos". (30)

Pero la codicia de las clases gobernantes dominicana y norteamericana, no prestaba oídos a juicios de derecho o a sentimientos humanos.

—oOo—

En el mes de febrero de 1870 Luperón se encontraba de nuevo en Cabo Haitiano. El Almirante norteamericano del bu-

(30) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — págs. 321-22.



que Severn, quien había llegado allí el mismo mes, fué a la goleta Concepción, embarcación que condujo a Luperón a ese puerto, con intenciones de hacerlo prisionero. Al enterarse de ello, el soldado nacionalista hizo una protesta formal ante el Cónsul norteamericano. De haberse consumado la trama, difícil sería saber la suerte que le hubiese cabido.

A partir de aquí la faena de Luperón sería más ardua. De Haití pasó a Capotillo a fin de fomentar la revuelta.

De regreso a territorio haitiano, el Presidente Grant, al través del Cónsul norteamericano Abraham Crowwel, trató de sobornarlo, ofreciéndole quinientos mil dólares “para que pagara todos los gastos que había hecho en la revolución y que además le daría el nombramiento de Gobernador General de la Isla de Santo Domingo, con un sueldo de cincuenta mil pesos oro americanos anual, a cambio de su adhesión a la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos”. Frente a tal infamia, Luperón dió el encargo a Crowwel, “de decir al Presidente Grant, que las opiniones sinceras y honradas y de verdadero patriotismo ni se vendían ni se compraban. Que él, como patriota dominicano, cumplía con su deber y lucharía hasta morir en defensa de los derechos y de la independencia de su patria”. (31)

La entrevista tuvo lugar en presencia de Meriño, quien apoyó sin reservas la patriótica actitud. Había que tener poco tacto y muy roída el alma para proponerle a él, a Luperón, cometer semejante deslealtad.

—oOo—

Grant utilizaba todos los argumentos y todos los medios a su alcance para convencer a los representantes del pueblo norteamericano de la necesidad de anexar la República Dominicana a los Estados Unidos.

Ante el fracaso de las negociaciones en el Congreso, gracias en gran parte a la oposición que hiciera el Senador Charles Sumner, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del

(31) Gregorio Luperón — op. cit T II — págs. 169-70.



Senado, se dió autorización a Grant para que enviara una Comisión a la República Dominicana, compuesta de tres personas, con el encargo de investigar sobre el terreno mismo todo lo concerniente a la proyectada anexión.

En los días vecinos a la llegada de la Comisión circuló en todo el territorio de la República una hoja suelta, firmada por Luperón, en la que el gran soldado llamaba al pueblo a oponerse con las armas a las negociaciones anexionistas: "Aquí estoy yo", expresaba Luperón en la patriótica página, "no como mandatario, sino como soldado del pueblo, dispuesto a apoyar su voluntad con toda clase de recursos; y a consagrarle mi vida con la misma fe que en los días de nuestra Restauración". Terminaba el documento con la vibrante frase: "¡Amigos y Compatriotas! ¡A las armas! La lucha sólo os puede preservar de la ignominia, sea nuestra única divisa. ¡Dios, Patria, Libertad, Independencia o la muerte!" (32)

Felizmente, el informe presentado por la Comisión tampoco prosperó en los Estados Unidos. No era desconocida a los representantes norteamericanos la perenne actitud nacionalista y anti-anexionista del pueblo dominicano.

A pesar de la desazón que todos estos fracasos producían a Báez, no lograban, sin embargo, apartarlo de la idea de menoscabar la soberanía dominicana. El 28 de diciembre de 1872, llegó a un acuerdo con una asociación de financieros norteamericanos para arrendar la Bahía y Península de Samaná.

—oOo—

Durante todo el año 1872 Luperón no descansó en su lucha contra Báez, contra la anexión, conciliando las distintas tendencias existentes dentro del movimiento revolucionario mismo.

En el mes de mayo de 1873, desde Dajabón, donde estableció su cuartel general, se levantó en armas, viendo que en el pueblo dominicano habían madurado todas las condiciones para lanzarse a la lucha definitiva.

Desde allí dirige una proclama al pueblo pidiéndole hacer la guerra a Báez, "para que, en fin, alcancemos a ser verdadera-

(32) Academia Dominicana de la Historia — op. cit. — pág. 31.



mente libres, lo mismo en la conciencia que en nuestras propiedades. Sí, dominicanos, queremos vivir libres e independientes en esta tierra conquistada palmo a palmo por el esfuerzo de todos y de la que no dejaremos arrebatarnos ni una pulgada". (33)

El bizarro soldado comenzó a combatir a Báez con denodado valor y firme esfuerzo. Poco a poco el movimiento fué ampliando su frente, encontrando eco en todos los rincones dominicanos.

Ahora bien, el triunfo inminente de la revolución nacionalista, hizo tomar conciencia a las fuerzas reaccionarias del baeismo, quienes iniciaron un movimiento tendiente a perpetuarse en el poder, sacrificando a Báez. El General Ignacio María González, Gobernador de Puerto Plata, dirigió el movimiento y constituyó en aquella ciudad un Gobierno Provisorio.

Las características negativas del Gobierno de González eran evidentes, pero lo fueron más aún, cuando, mediante un Decreto, excluyó de la revolución a los Generales Luperón, Pimentel y Cabral. Queriendo asegurar su poder, González pensó que no le era conveniente en esos momentos la presencia en la República del soldado restaurador. Dado el ambiente revolucionario del país, tomó aquella medida para evitar que el liberalismo y la honestidad de Luperón pusieran demasiado al descubierto su oportunismo y su incapacidad.

Báez presentó renuncia en fecha 2 de enero de 1874 y en abril González asumió la Presidencia definitiva, luego de haber pasado algunos meses a la cabeza del Gobierno Provisorio.

Elegido Presidente y habiendo articulado el poder en su beneficio, emitió un Decreto permitiendo a los generales proscritos volver a su patria.

De regreso a Puerto Plata, Luperón reinició sus actividades comerciales, sin ambición política alguna.

Desgraciadamente, González no podía soportar la fama y la pureza del caudillo nacionalista. Más que por simple odio personal, la actitud agresiva que el Presidente le mostraba cada día con mayor encono, estaba condicionada en sus razones pro-

(33) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — pág. 191



fundas por el lugar destacado en que la opinión pública colocaba a Luperón.

González regía la nación en contradicción con las aspiraciones del pueblo.

En toda la República, y sobre todo en Santiago, un aire de esperanzas democráticas levantaba el entusiasmo en pro de un movimiento con proyecciones revolucionarias. Para colmar ese espíritu el pueblo mantenía el mismo símbolo: Luperón.

González quiso entonces eliminar al patriota y planeó su muerte. Del episodio que ilustra la trama y el atentado, salieron engrandecidos la serenidad, el coraje y el amor a la patria que caracterizaban ya al héroe restaurador.

El atentado contra Luperón conmovió la nación. Desde Santiago, M. Grullón, Ulises Francisco Espaillat y Maximiliano Grullón, encabezando una carta al Gobernador de Puerto Plata y firmada por lo más avanzado de aquella ciudad, recriminaron el acto y expresaron enérgicamente los vicios del Gobierno de González.

Intimamente tocado por el gesto solidario del pueblo santiagués, Luperón contestó, en carta redactada por Hostos, con términos profundos y austeros. El positivismo hostosiano, con toda su feliz influencia en nuestro medio, volcó en aquel documento lo mejor de su filosofía: "Voz de los buenos, voz del pueblo..." comenzaba diciendo. Y continuaba con conceptuosos pensamientos: "Mas si no quieren, si se obstinan en no devolver al pueblo la soberanía que consintió en delegar, digámonos y repitámonos, digamos y repitamos que no es para gozar de las corruptoras delicias del poder, sino para reformar las condiciones esenciales y las jurídicas de la vida dominicana, para lo que reivindicamos la soberanía delegada". Y en uno de sus últimos párrafos, consagraba lo que en Luperón fué un espontáneo juramento y dulce obligación: "... afirmar ante Dios, ante América, y ante nuestra propia conciencia, que nunca cometeremos la insensatez, que hoy es infamia, de ser dominicanos y no ser antillanos, de conocer nuestro porvenir y divorciarlo del porvenir de las Antillas, de ser hijos de la nueva idea y de abandonarla en Cuba y Puerto Rico". (34)

(34) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — págs. 245-50.



En Puerto Plata, junto a Hostos y al través de “La Liga de la Paz”, insuflaba a toda una nueva generación el espíritu patriótico y el amor a la nacionalidad. A la nacionalidad dominicana, propia, pero también a aquellas de los pueblos que como Cuba y Puerto Rico buscaban florecer por los caminos de la libertad.

Desde su llegada a la República Dominicana, donde desembarcó en 1865, Hostos trabó íntima amistad con Luperón.

Contaba el Maestro, años después, su primer encuentro en Puerto Plata: “Confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías”. (35)

En lo adelante, estos dos campeones de la libertad lucharían unidos bajo el mismo sueño de confederar las Antillas.



El Gobierno de González no podía mantenerse largo tiempo ante el empuje de todo un pueblo ansioso de un Gobierno democrático.

El movimiento revolucionario se inició en Puerto Plata encabezado por Luperón. En Santiago, donde la revolución tenía su más encendido espíritu, los líderes proclamaron la libertad. El impulso renovador se volcó por todo el país como un mensaje bienhechor.

En documento público Luperón lanzó y apoyó la candidatura de Ulises Francisco Espaillat. La idea fué de inmediato acogida favorablemente por todos los grupos, ya que Espaillat gozaba del mayor prestigio y respeto en toda la República.

Electo Presidente de la República, pidió a Luperón que aceptara el cargo de Ministro de Guerra y Marina, a lo que éste accedió.

El Gobierno inició de inmediato una serie de medidas benéficas para el país. Sus componentes, en todos los pueblos y ciudades, representaban lo mejor y más honesto. Por desgracia,

(35) Rodríguez Demorizi — Luperon y Hostos — pág. 18.



la sorda conspiración de los elementos antinacionales no cesaba. El baecismo, amparado en la tolerancia de las autoridades, se daba de lleno a la labor de minar las bases democráticas del nuevo régimen.

Apenas siete meses tenía el Gobierno cuando González, apoyado por la reacción baecista, promovió una revolución y derrocó a Espaillat, obligándole a buscar asilo en el consulado inglés. Luperón, después de hacer esfuerzos desesperados por contrarrestar la revuelta antipatriótica, partió de nuevo al exilio, a San Tomas.

Las banderías políticas iniciaron una lucha estéril, que culminó con el triunfo de los baecistas, quienes llamaron al "Gran Ciudadano" a ocupar la Presidencia. El 27 de diciembre de 1876, Báez se instaló en el poder como Dictador.

Mientras prometía al pueblo un gobierno democrático, lo traicionaba expresando al agente norteamericano su deseo de anexar el país, cosa que éste último comunicó al Secretario de Estado en un informe secreto y confidencial de la siguiente manera: "En una conversación privada con el General Báez, éste me dijo que la única salvación del país está en la anexión, y todavía tiene esperanza de que ella pueda ser llevada a cabo". (36)



Báez fué derrocado, asumiendo el poder el General Ignacio María González, quien, gobernando sin ningún sentimiento democrático, hizo comprender al pueblo la necesidad de un nuevo orden de cosas.

Desde Puerto Plata, Luperón inició el movimiento revolucionario. En agosto 3 de 1878, un amplio manifiesto fundamentaba lo justo de su causa: "Sí, la revolución a que nos lanzamos es el resultado de una lógica, de un sentimiento, de una aspiración hacia un orden mejor de Gobierno y de sociedad, de una sed de desarrollo y de perfeccionamiento en las relaciones de los ciudadanos entre sí; semejantes revoluciones son una mani-

(36) Welles — op. cit. — T. I — pág. 406.



festación incontrastable de la juventud y una vida que prometen largos y gloriosos períodos de crecimiento a esta comprimida sociedad". (37)

El movimiento triunfó y el grupo de patriotas que lo encabezaba pidió a Luperón que aceptara ser postulado para la Presidencia de la República en el período constitucional que se iniciaba ese año. El gran nacionalista expuso en un documento las razones que le impedían, de nuevo, aceptar aquel ofrecimiento. En uno de sus párrafos decía: "Todos deben conocerme y saber que siempre me he consagrado a servir los grandes intereses de mi patria en días de inminente peligro. Pero mi espada restauradora que es lo único de alguna valía que puedo poner al servicio de esos intereses, no debe pesar en la balanza de los destinos públicos sino para garantizar la independencia nacional e integridad del territorio patrio; y, como soldado de la democracia, para custodiar y defender las garantías y los derechos de mis conciudadanos". (38)

El argumento resumía su vida. Ambición política personal no abrigaba ninguna. Mantener la independencia y la soberanía de su patria era su más cálido y exaltado anhelo.

Cesáreo Guillermo fué electo Presidente y pocos días después partió Luperón para Europa.

El Gobierno de Guillermo no tardó en ser totalmente anti-popular.



Cuando Luperón regresó de Europa y desembarcó en Puerto Plata a fines de 1879, encontró que aquel Gobierno se había convertido en una dictadura, llenando las cárceles de patriotas y persiguiendo sin tregua a todo el que se opusiera a su férrea voluntad.

Las tropelías de Cesáreo Guillermo hicieron a todos los patriotas volver los ojos hacia el recién llegado.

Encabezados por Luperón y el Padre Meriño, Puerto Plata desconoció la autoridad del Presidente y se dió un Gobierno

(37) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — pág. 383.

(38) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — págs. 12-13.



Provisional. A Guillermo no le quedó más recurso que renunciar.

La crítica situación en que se encontraba el país obligó a Luperón, presionado por la voluntad de todo el pueblo, a mantenerse durante un año a la cabeza del ejecutivo provisional.

Su Gobierno devolvió la confianza a sus conciudadanos y creó, en todos los órdenes, las instituciones necesarias para el progreso del país. Ni cárceles ni persecución se alzaron contra nadie. Gozó el pueblo del sistema más democrático de su historia. En el orden internacional la República se encontró con un crédito abierto y sano.

La nacionalidad, la soberanía, la independencia, jamás habían disfrutado de mejores auspicios para afirmar las bases de la personalidad dominicana.

Al finalizar su mandato, no queriendo continuar en la Presidencia, avanzó la candidatura del Padre Meriño para llenar el período constitucional.



Meriño fué electo y Luperón inició un gran peregrinaje por Europa, donde, además de ser recibido por todos los jefes de Estado, conoció e intimó con lo más avanzado y lo más liberal del mundo de las artes y de la política europeas. Víctor Hugo, Gambetta, Garibaldi, tres hombres que resumían con su obra y su vida los ideales democráticos más puros, fueron sus amigos y compartieron con él sus nobles esperanzas.

En sus funciones de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República ante diversos gobiernos europeos, aportó lo mejor de su ingenio para estrechar las relaciones internacionales entre su país y aquellos gobiernos.

Para la República Dominicana no podía haber mejor embajador que aquel denodado soldado y civilista, defensor de las causas justas y de los más encumbrados ideales.

Mientras estuvo en Europa no descuidó su vida como hombre de América, de las Antillas. Los exilados cubanos y puertorriqueños, encontraron en él la mano abierta y generosa tendida hacia ellos. Flor Crombet, el nacionalista cubano, tuvo en Luperón un hombre de su causa. El Dr. Betances, ilustre puertorri-



queño, vivió junto a él, en calidad de Secretario de la Legación Dominicana en París, y recibió de su espíritu el cálido aliento para la noble lucha por la independencia de Puerto Rico.

—oOo—

A fines de 1882 Luperón regresa a Puerto Plata.

Para el nuevo período electoral apoya la candidatura de Heureaux, quien no mostraba aún desmedidos impulsos ni ambiciones personales. Heureaux fué electo. El Partido Nacional, cuyo jefe era Luperón y ante el cual casi la totalidad de las fuerzas antagonistas habían hecho un paréntesis en sus luchas partidistas para sumar sus esfuerzos a las arduas tareas que imponía el equilibrio social de la patria, aglutinaba las grandes mayorías.

Al finalizar el período del General Heureaux, bajo la égida de ese partido, triunfa en los comicios la candidatura Gregorio Billini-Alejandro Wos y Gil.

En las postrimerías del año 1884 Luperón parte para Europa. A su regreso, cinco meses después, encuentra la situación del país bastante confusa.

Por renuncia de Billini, Alejandro Wos y Gil asume la Presidencia de la República y Luperón, a fin de consolidar la posición del Partido Nacional, acepta el cargo de Delegado del Gobierno en el Cibao.

Al acercarse los nuevos comicios, propone la candidatura Heureaux-Moya. Infortunadamente, la unidad existente en torno al Partido Nacional venía ya, por el resurgimiento de ciertos intereses, entrando en una etapa precaria. Moya rompe sus nexos políticos con Heureaux y forma candidatura aparte con Billini.

La votación popular favoreció a Heureaux como Presidente y a Imbert como Vicepresidente.

Las frustradas esperanzas de los perdedores no tardaron en desatarse con las armas en las manos. La República Dominicana recomenzaba un doloroso trance de luchas intestinas, aguijoneadas por las pasiones y los intereses contrarios a las conveniencias nacionales. La revolución iniciada por los fanáticos de Moya, sangrienta y agotadora para todo el país favoreció a Heureaux



Luperón apoyó la constitucionalidad del gobierno, pero comprendió muy pronto las incontenibles ansias de poder existentes en Heureaux. Poco tiempo después de haberse juramentado éste, partió para los Estados Unidos y Europa, habiendo antes renunciado al cargo de Delegado del Gobierno en el Cibao.

En Aix les Bains, en Francia, encontró momentáneo alivio a una enfermedad que no pararía de atormentarlo hasta su muerte. De regreso a la República Dominicana, constató que sus temores frente a Heureaux tenían fundamentos reales. Las prisiones estaban llenas de presos políticos. Las persecuciones contra los oponentes de Heureaux mantenían una situación de desasosiego en todo el país.

Luperón protestó de inmediato frente al sesgo que tomaba el Gobierno e hizo manifiesta su repulsa.

El recio combate que ahora libraría tendría la misma altura patriótica de sus múltiples luchas nacionalistas. Heureaux comprometía el porvenir dominicano contratando empréstitos extranjeros lesivos a la soberanía.

El compromiso contraído con la casa Westendorp, de Holanda, se manifestó, desde el inicio, como perjudicial a las finanzas públicas y peligroso para la integridad nacional. Luperón desaprobó de inmediato el empréstito y acusó públicamente al Gobierno de encaminarse por un sendero de entreguismo.

Las negociaciones para el arrendamiento de la Bahía y Península de Samaná, aunque llevadas a cabo con cierta cautela, trascendieron públicamente, alertando e hiriendo la conciencia nacional dominicana. El Presidente norteamericano Harrison, con el apoyo de su gabinete y de múltiples congresistas, sometía a Heureaux un contrato de arrendamiento totalmente lesivo a la soberanía nacional. El dictador tomó medidas drásticas contra la alarma popular que aquel oscuro compromiso había despertado, y, por encima de todo miramiento, orientó su política de acuerdo a los intereses del imperialismo norteamericano.

Contra todas esas infidelidades a la causa nacional, escribía entonces Luperón: "Endeudada fraudulentamente la nación; dilapidada la hacienda, se ha asociado el General Heureaux con los especuladores banqueros Westendorp y Mathieu, después de haber estafado a los accionistas de los funestos empréstitos de diez millones de pesos en Europa, para negociar con el gobierno



norteamericano la venta de la Bahía de Samaná. Como se ve, la insaciable codicia de oro, impulsa al tirano a la horrible traición de la patria, mientras se aprovecha de la falta de acuerdo en los partidos para dominarlos a todos. Está preparando siniestros planes para que la nación tolere dominaciones peores que la suya..." (39)

Impelido por las ansias de su pueblo, Luperón aceptó presentar su candidatura para los próximos comicios electorales. Y para ese efecto, se funda en Santo Domingo un Centro Propagador de la Candidatura de Luperón.

Heureaux estaba convertido en un verdadero tirano. Para poder subvenir a los enormes gastos con que había recargado la administración, en pago de prebendas, no temía comprometer la economía y la soberanía del país con empréstitos de más en más onerosos y leoninos para el tesoro público.



Luperón decidió lanzarse directamente a la lucha. Viniendo desde París, encabezó de inmediato la revolución y firmó en San Tomas el Manifiesto lanzado por un grupo de patriotas desde Dajabón en el que acusaban al Gobierno de Heureaux de múltiples atentados a los derechos humanos, y; sobre todo, a la soberanía nacional. Decía el Manifiesto a este último respecto: "... apurados todos los recursos pecuniarios de la República, aumentando el tipo de los impuestos, comprometidas en absoluto las rentas, agotados los millones que en sus manos pusieron los ruinosos empréstitos de 1888 y 1890, y en la necesidad de nuevos medios para consumir la ruina de la patria; el General Ulises Heureaux ha llevado la infamia hasta el extremo de vender en secreto a una compañía americana la Bahía de Samaná; lo que apareja, tras la vergüenza de la enajenación parcial, del territorio dominicano, la absorción de la Patria de febrero y agosto por el poder americano, que, con todo su progreso, su libertad y su prestigio, esterilizará los sacrificios de nuestros padres en las sagradas aras de la independencia y de la dignidad nacionales". (40)

(39) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 306.

(40) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 312



El entusiasmo popular provocado por el anuncio de la candidatura de Luperón, endureció la tiranía de Heureaux. Todo aquel que mostraba antipatía por su régimen, pagaba con la vida como precio de la osadía.



Los años subsiguientes los pasará Luperón en el exilio. Desde allí, no cesará un sólo instante de combatir la tiranía. A cada atentado de Heureaux contra la soberanía, constantemente amenazada al través de la codiciada Samaná, su voz se alzaría en defensa de la nacionalidad.

“Nada hay imposible para el heroico pueblo dominicano...”, decía esperanzado en las postrimerías de su vida. (41)

A finales de 1896, en San Tomas, enfermo de gravedad, acepta la invitación que le hace Heureaux para que vuelva a la patria. De lo recóndito de su alma envilecida, sacaba el tirano una actitud humana, tal vez la última que le quedara, para mostrarse agradecido y respetuoso ante el hombre puro.



Agotadora había sido la faena, muy largo el tránsito en lágrimas y heroísmos. El 20 de mayo de 1897, en Puerto Plata, su vieja ciudad amada, se le ausenta el aliento: alto definitivo de Gregorio Luperón, el más grande soldado de la causa nacionalista.

Del pueblo, inagotable venero del patriotismo, abrevó sin cesar para nutrir su lucha por la causa nacional. Porque quiso el pueblo ser libre, mas amó la libertad.

Y fué su genio el de entregarse en cuerpo y alma, ignorando fatigas, a realizar la obra redentora.

Por la historia, por el infinito acaecer, su vida se proyecta en el tenaz y cotidiano batallar de un pueblo que defiende su nacionalidad.

Perdurable consejo el de Hostos a un amigo dominicano: “Es necesario que ustedes cultiven en el pueblo y en sí mismos la memoria de Luperón”.

(41) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 330.

